



Fotografía tomada de Octavio Paz, *Obra poética I* (1935-1970), Octavio Paz/Círculo de Lectores/ FCE, México, 1997.



Octavio Paz: nombre del tiempo

Javier España

El verdadero poeta lo es *a priori*. Su experiencia con el lenguaje rebasa el contenido cultural de esa persistencia transformadora que llamamos *poiesis*. Octavio Paz nace con este estigma, acoge la ruptura de los “ismos” como una tradición de fuentes de raíces pródigas.

La sobriedad en Paz —convergencia del vértigo con la medida—, abre, sin límites, las posturas más allá de un academicismo ortodoxo, golpea al trasluz de las cosas y las delinea, les da la forma al mismo tiempo que define su fondo: se autonombra cuando escribe:

Palabra, voz exacta
[...]
Llama que me provoca
[...]
llenándome de nada, de palabras,
cristales fugitivos
que a su prisa someten mi destino

Voz politonal, multiforme, universalidad en canto adherido a lo místico sin dioses, al hombre de interrogante espejo que deviene en versos de colores distintos, de diferentes registros efectistas, válidos en su poética propositiva.

Desde sus primeros encuentros con la poesía su palabra descubre con auténtica luz el destino del decir poético: el testimonio del hombre.

La profecía en Paz es el ahora, tiempos ajenos y pareados, espejo mirándose frente a frente. En su dictado sin dimensiones acosa a la intemperie hasta sacudir el sino terrenal del interior humano:

Javier España. Coordinador de los talleres literarios de la Universidad de Quintana Roo y del Instituto Quintanarroense de Cultura. Ha publicado los poemarios *Presencia de otra lluvia* (Instituto de Cultura de Yucatán, 1987; premio especial de literatura “Antonio Mediz Bolio”, 1988), *Tras el biombo* (1991), *Siempre es tarde* (1992), *Travesía de fuegos perseguidos* (1993), *Pronunciar de ofrendas* (1994), y *Tributo del viandante* (1998).

¿Quién canta en las orillas del papel?
Inclinado, de pechos sobre el río
de imágenes, me veo lento y solo,
de mí mismo alejarme: oh letras puras,
constelación de signos, incisiones
en la carne del tiempo, ¡oh escritura
raya en el agua!

Su extensión de alianzas tiende hacia el infinito el nacer de las cosas primigenias: piedra original, barro de la sangre, imprecación por la vida misma.

En su actitud poética deslinda el hermetismo descifrado en sí mismo, en la palabra sin custodia, velamen que enfrenta la tormenta del ser. No existe otra manera de reconocer lo que somos si no es a través de la revelación. En *El arco y la lira* escribe: “La experiencia poética es una revelación de nuestra condición original. Y esa revelación se resuelve siempre en una creación: la de nosotros mismos”.

Parece insólito que las pretensiones de revestir la emoción con matices de abstracción filosófica o a la inversa, se erijan como posturas de reductiva verdad para intentar contradecir lo que hablamos desde los versos más pacianos. Paz asume su propio compromiso, singular: el lenguaje que premedita el azar para luego decantarse en definición, en contundencia visionaria. Después de todo no hay poesía sin el decir, sin el vocablo sumando a otros. Y así lo sostiene: “Ahora bien, cuando la revelación asume la forma particular de la experiencia poética, el acto es inseparable de su expresión. La poesía no se siente: se dice”. Esto lo transcribe Paz desde su absoluta convicción de amor a la palabra.

Sin embargo, cuando el acto verbal transgrede sus premisas, Octavio Paz advierte y vierte el multiplicador designio del Árbol Único, origen lúdico y panegírico del pensamiento aliado a la emoción pura. La bifurcación, finalmente,

es asunto del lector, de las hojas de cualquier otoño, del cántaro roto sobre las manos de cualquier alfarero universal.

Su antagonismo de imágenes sangra el ramaje de todas las connotaciones: un poema, todos, una piedra de sol que ilumina cada uno de los días del ser. No hay distancia en los conceptos, emociones o sensaciones: "Vida y muerte, ser o nada no constituyen sustancias o cosas separadas. Negación y afirmación, falta y plenitud, coexisten en nosotros. Son nosotros. El ser implica el no ser; y a la inversa". Sus antítesis son certeza, los contrarios se tocan, se anillan como cuerpos amantes. Para Octavio Paz, el poeta es la poesía y viceversa. Aun la que no escribe a flor de piel, la que sugiere, la que reflexiona, puede nombrar al Ser pretenso y pretendido. Paz es preciso: "Antes de la creación el poeta, como tal, no existe. Ni después. Es poeta gracias al poema. El poeta, es una creación del poema tanto como éste de aquél". De aquí se pueden inferir posiciones atávicas, tan desgastadas como puntualizadoras de que el alma del poeta es dádiva de un dios abstracto, tanto como de un barro que se forja en sus propias manos.

Octavio Paz abunda en estas reflexiones, no sólo en su poesía, sino en su labor ensayística. Es un lugar común señalar este entrecruce de supuestos géneros, delimitaciones trasnochadas para Paz. De alguna manera, el poema interior reviste el tono del ensayo, invade, inevitablemente, la frecuencia actoral de la filosofía, pero siempre para hacerla cantar. ¿De qué otra forma nombrar el ser de las palabras?:

En la cima del instante
me dije. "Ya soy eterno
en la plenitud del tiempo".
Y el instante se caía
en otro, abismo sin tiempo.



M. ROMERO

Es verdad que la expresión coloquial sólo tiene asomos en la poesía paciana, pero hasta en esta línea no hay más exilio verbal, puesto que su sostenida cadencia de significados aflora en frugales ofrendas de reflexión. Esto lo podemos encontrar en poemas como "Conscriptos USA" o el conocido poema "Las palabras".

Pero también puede parecer ocioso o demasiado *cerebral* definir el Todo de la poesía por alguna de sus partes. Digo esto, porque el lenguaje poético se manifiesta en diversas voces, posibles e imposibles, para dictar los signos de la vida. Coloquial, cultista, hermético, epidérmico, código de luz y piedra, río de aguas encontradas: todo es y no es el poema al convertirse y convertirnos.

Octavio Paz habla de "la participación" y no se reduce al territorio de los conceptos ni tampoco al océano de las formas. En él, formas y conceptos son sentidos, sentidos que son exilios íntimos, es decir, la poesía como instrumento y fin, invitación al rito común, ritual del mito, tradición y ruptura como una misma circunstancia.

Qué extraño es parecer poeta en estos tiempos frágiles entre tanto simulacro y reconocer sólo en la auténtica poesía a quien lo es. Octavio Paz no es una dubitación en su esencia. Se cumple su destino con humildad de convicciones: el yo y el otro en una sola presencia o ausencia.

En este misterioso encuentro, que también es búsqueda de uno mismo, el amor se yergue en imagen, en esperada y secreta aparición, religión del cuerpo y del alma, "el origen común", que según Paz sólo pueden advertir las partes, la única proeza válida del hombre para alcanzar su "otra orilla", el misticismo que va más allá del eros convertido en cotidiana sexualidad, en tiempo que se detiene en un paréntesis de interrogaciones como una gama de regresos hacia nosotros mismos: amor es ser o intentar ser en el otro el vigía que conspira en ser yo, nosotros en uno:

Mira el poder del mundo:
reconóctete ya, al reconocerte.

El sentido categórico de Paz en sus símbolos da luz a su arte poética, leerlo es descubrirlo y descubrirnos, ser en la multitud de los silencios. Aun la muerte, en su poesía, no es llana ausencia, sino premisa mayor para traicionar a la nada, develar el instante que nos toca vivir como la opción para levantarnos o despeñarnos en el abismo de existir. La máxima declaración del ser se resume en sus palabras: "Morir, vivir, viviendo morimos, morimos viviendo". Todo esto es un silogismo cumplido en "la alegría del amor". Como estación multiplicada, esta presencia reflexiva se encuentra en muchos de sus versos:

Se disipa el instante. Sin moverme,
yo me quedo y me voy: soy una pausa.

Hay poetas envidiables, a veces con sospecha, pero Octavio Paz no titubea ni cede para encontrarse en el primer adjetivo. Cada lector encuentra en él lo que requiere. Su poesía se vuelve hacia todos los sentidos, erosiona a la piedra que sueña en ser arena, fertiliza la intensidad del arroyuelo que desea ser río frenético, serena el torrencial que aspira a la caricia líquida de la llovizna, en suma: complicidad de fuego prometido ante su lector-deudor.

Sin embargo, a pesar de esta fuerza encendida, una fecha que anuda al tiempo humano nos dice que Octavio Paz ha muerto, que la higuera de su eterna infancia ha dejado de crecer en el muro impávido, y esto que simula una fijeza de dolor, de silencio más silencio, se trastoca en cada uno de los hombres en una sensación gregaria de pertenecerle, de saberse tributario de su testamento lúcido.

El sabio adagio dice que la vida continúa, y Paz es cada vida, palabra de una voluntad cumplida en la trascendencia, para fortuna nuestra. El luto no siempre es un lugar oscuro o barro derruido. Nos queda el jardín de su universo, donde nuestra permanencia cifra la existencia del poeta. El mismo Octavio Paz nos legó su sentencia vital para sostenernos y comulgar con él la posibilidades de ser y no ser en un solo destino:

Todo comienza en un jardín.

El suyo, nuestro ahora.○